Almirante del Perú por los siglos sucesivos[1]



Contralmirante
FERNANDO CASARETTO ALVARADO



¿Es Grau un héroe o un prócer?

Es un prócer, por ser persona de primera distinción, constituida en alta dignidad por los hechos históricos que ha realizado. Cuando los peruanos de un milenio lo consagran como la figura más importante de la historia, ello le da una connotación que se inscribe en el procerato.

Grau es el "Peruano del Milenio". La convocatoria, no obstante, en la respuesta generacional, encierra un concepto de Grau, héroe de la Campaña Naval de la Guerra del Guano y el Salitre, con su colofón Angamos. Grau es un héroe total, su vida trasunta heroicidad siempre. Debemos distinguirlo históricamente de héroes de circunstancias; es decir, de quienes en determinado momento asumen una actitud heroica; dicho de otra manera, una actitud que va más allá de lo que se le puede exigir al hombre frente a una posición donde su vida es el precio. Tal actitud de reacción tal vez no tiene antecedente de heroicidad; sin embargo, ello no le quita mérito alguno al personaje, pues la acción heroica se da.

En el caso Grau, su devenir vivencial nos muestra como un derrotero, con un balizamiento notable, que actúa desde sus primeros años enfrentando una y otra circunstancia con una espiritualidad que se traduce en hechos admirables. Cuando en determinada ocasión la vida lo pone en una situación

"Los héroes del mar son como mitológicos, posiblemente porque deben desempeñarse en un medio que es ajeno a aquel donde se desenvuelve la vida cotidiana. El imaginario colectivo les da un sitial que difícilmente otorga a otros protagonistas de la guerra".

extrema, quienes conocen al personaje adivinan, o mejor, saben lo que va a hacer, porque él siempre ha actuado enfrentando la vida como después enfrentará al enemigo, sabiendo que está en desventaja material. Grau siempre fue Grau, niño, adolescente, adulto.

La mitología griega ensalza al héroe que por su estirpe semidivina (es decir, el padre o la madre, uno de ellos, es un dios) está destinado a ser un Aquiles, Hércules, Eneas. De alguna manera, desde la mitología se explica el acto heroico, porque interviene –aventurando tal vez en demasía– la genética. El personaje es, pues, un semidios. En todo caso, no es justo simplificar tanto; pero mencionarlo, traerlo a colación, puede ser un factor, un encaminamiento hacia alguna explicación.

Y en el encaminamiento de dioses míticos, dioses de la mitología griega, bien cabe mencionar a Dios. Él debe tener la última palabra; pero, por lo menos en nuestra galaxia, su creación parece ser imperfecta (¿es este un juicio temerario?). Imperfecta justamente en lo que Dios considera su obra máxima, el hombre, creado del barro de la tierra y dado a la luz por un soplo de vida. Parece un coro de protesta, pero es que existimos hombres y mujeres que emprendemos la vida en escenarios absolutamente diferentes, escenarios puestos, por así decirlo, en lugar y circunstancia muy disímiles, bajo un sino histórico de tiempo, constituyéndose así el entorno que reta al personaje y donde se desenvolverá su vida.

Atrás, digresiones. Los héroes del mar son como mitológicos, posiblemente porque deben desempeñarse en un medio que es ajeno a aquel donde se desenvuelve la vida cotidiana. El imaginario colectivo les da un sitial que difícilmente otorga a otros protagonistas de la guerra.

En la historia universal, desde Salamina, pasando por Trafalgar, quedan nombres imperecederos que evocan acciones bélicas, pero que se condensan en el estratega. En nuestro medio histórico, un contemporáneo del héroe de Trafalgar, Horacio Nelson, es Jorge Martín Guise, un fundador de la Marina de Guerra que organiza el notable Monteagudo y crea San Martín.

Nelson y Guise, británicos de origen y este último peruanizado y muerto en defensa de su patria adoptiva el 24 de noviembre de 1828 en el Combate de Guayaquil o Combate de Cruces, como también se le llama, ingresaron a la Armada en una media de 14 a 15 años de edad, tal como se estilaba en Inglaterra. Tiene sentido esta edad para la vocación del mar.

¿Un niño de ocho años y ocho meses de edad?

Miguel Grau afronta el reto del mar cuando es un niño de ocho años y ocho meses de edad. Es en este instante que se embarca en el bergantín "Tescua", al mando del Capitán Manuel Herrera. Recala la nave en Huanchaco y pone rumbo a Buenaventura; naufraga a la altura de la isla Gorgona (*"Me embarqué en el puerto de Paita en marzo de 1843 en el bergantín granadino 'Tescua'"*). Es manifiesto de puño y letra del joven Grau, fechado en Lima el 10 de agosto de 1853 cuando tiene 19 años y acaba de desembarcar de la fragata norteamericana "Gold and Eagle".

La historia atrás, no obstante, nos habla de un niño, tercero de cuatro hermanos. El mayor Enrique (10), luego Dolores (9), el propio Miguel (8) y Ana (7), dejando el abrigado hogar natal en Piura hacia el año 1842, para viajar a Paita con la sola compañía del padre, el Teniente Coronel colombiano Juan Manuel Grau y Berrio, por entonces de 43 años de edad, pasando a habitar una modesta casa, propiedad de José Chire, frente al mercado. ¿Cabe una reflexión? En la casa natal de Piura quedan tres hermanos y la madre, Luisa Seminario del Castillo; ellos son Roberto, Emilio y Valvina Díaz Seminario.

Ocho años y ocho meses es, pues, muy temprana edad para hacerse a la mar. El pequeño Miguel se embarca en el "Tescua". Después "Florita" y "Josefina" serían su primera escuela, siempre con el Capitán Manuel Herrera.

La ballenera "Oregón" será, podríamos considerarlo así, el entorno de mayoría de edad para este, aún niño, en rumbo a la adolescencia. Tiene 13 años y durante casi dos años conocerá la caza de ballenas, experiencia en la mar que no está exenta de grandes peligros, por la propia naturaleza de la actividad que desarrolla la dotación. Debe también considerarse lo que significó para la sensibilidad de tan joven grumete asistir a la propia faena de estos cetáceos al lado de la nave.

La escuela en la mar significó para Miguel Grau 12 naves entre la edad que hemos mencionado y los recién cumplidos 19 años, cuando vuelve a Lima.

Es 1853 y coincidentemente su padre está también en la capital, porque gestiona una pensión alimenticia como veterano de las guerras de la Independencia. El documento fechado el 27 octubre de 1853 procede de la Cámara de Diputados en favor del Teniente Coronel Don Juan Manuel Grau *"[...] viejo soldado de la Independencia americana"*.

Fernando Velarde, ¿biógrafo de Grau?

Personaje importante en la vida de Grau es Fernando Velarde, poeta español de prestigio en Lima, quien es también docente. Fundó la revista "Talismán". Velarde conoció a Miguel Grau de 19 años de edad en una circunstancia importantísima para dos vidas, la de Grau y la de este español que goza de gran prestigio en Lima. ¿Puede esbozarse una biografía en un poema? Sí. Biógrafo de quien entonces es su alumno, resulta Velarde a través de un poema que escribiría 27 años después.

Esta obra literaria se intitula "A Grau", poema que su autor escribió en Londres en el año 1880, al enterarse de Angamos. Hay en los 25 hemistiquios del poema muchas cosas que conviene analizar.

En la primera hora está Velarde frente a un mozo de estatura mediana, de gran fortaleza física, mirada penetrante, deseoso de aprender, también de compartir con su maestro experiencias que deben haber sorprendido al interlocutor y fascinado después. A tan corta edad conoce el mundo; prácticamente no ha tenido niñez familiar, la ha transcurrido en gran parte fuera del hogar. Adolescente en directa continuidad, ha navegado todos los mares en aquella durísima, dramática, peligrosa y también docente etapa de los velámenes y las jarcias.

¿Varias vueltas al mundo? Sí, lo afirma sin adjetivos, con –otra vez– sorprendente naturalidad. Sabe del peligro allende la borda de la nave. La lucha con los elementos y su dominio. Las peligrosas escenas a bordo del "Oregón", botes frágiles, arponeros de leyenda entre la vida y la muerte. También cercano el dolor del propio animal y después la sangrienta faena al lado de la nave. Es una prueba de fuego impactante y superada, escuela de la mar, cielo y formación física y espiritual que afrontó este joven en los años de frontera niñez–adolescencia.

Personalmente, considero excepcional este poema de título simple, pero de gran contenido y no solo lírico: califica como biográfico. Dice Velarde de él

mismo que es como *"Un mensajero fugaz de clima en clima"*. Así llega a Lima (1854), que lo impresiona en tanto ha sido la ciudad capital del Virreinato español. La califica como *"Noble y opulenta Lima"*. Y a Grau, su alumno, *"Alumno férvido y constante"*. Le emociona saber que prácticamente toda su vida la ha hecho en el mar, desde los casi nueve años hasta los diecinueve; la singularidad concita el interés del profesor que, como se ha mencionado, intercambia con él historias, narraciones, manes del espíritu que identifica a dos personas de gran sensibilidad. Ambos son trashumantes; uno, lo dice, es viajero impenitente *"De clima en clima"*; el otro lo ha sido en la mar, de puerto en puerto, de ciudad en ciudad.

> "Muchos personajes, algunos notables que conocieron a Miguel Grau, lo describen y se identifican con él, pero difícilmente se encuentra una descripción en síntesis como la que Velarde vierte en la octava cuarteta de este poema. Nos dice que era un joven de pocas palabras, difícil sacarle una sonrisa, no obstante se comunicaba con facilidad".

Debe haberle costado a Velarde en un principio la comunicación con quien él califica por ratos como un joven *"meditabundo"*. Tiene asidero la palabra. Este carácter está forjado en la soledad, en la responsabilidad asumida antes de la hora, niñez no compartida, adolescencia de bronce.

No obstante este joven ha alternado con gente desconocida, en muchas naves en cuyas dotaciones debió integrarse paulatinamente, ganarse su confianza y después, tras gran esfuerzo, habituarse con los tripulantes, formando familias circunstanciales, pero aceptando la jerarquía en un entorno rudo que al poco tiempo –como mágicamente– desaparecía para ser reemplazado por otro. Variaba la casa y variaba la familia.

Velarde le habla de hechos heroicos de su España; también de la gesta de Independencia americana, de Bolívar y de Sucre. Percibe que su *"Alumno férvido y constante"* se emociona con narraciones de guerreros en lucha por convicciones auténticas.

Confiesa que muy pronto cobra aprecio por Grau. Expresa: *"Siempre fue dulce para mí tu nombre"*. Acepta filosóficamente algo que es como penetrar en un concepto compartido: *"Es tragedia sublime nuestra vida"*.

El periodo de docencia y amistad es relativamente corto. *"Los días melancólicos y bellos/ Pasaron cual relámpagos veloces"*. Y es que el poeta parte de Lima, el alumno inicia sus primeros pasos en la Marina de Guerra.

Muchos personajes, algunos notables que conocieron a Miguel Grau, lo describen y se identifican con él, pero difícilmente se encuentra una descripción en síntesis como la que Velarde vierte en la octava cuarteta de este poema. Nos dice que era un joven de pocas palabras, difícil sacarle una sonrisa, no obstante se comunicaba con facilidad; más aún, era sin duda alguien en quien confiar. *"Nunca fuiste risueño ni elocuente/ Y tu faz pocas veces sonreía/ Pero inspirabas entusiasmo ardiente/ Cariñosa y profunda simpatía"*.

Contemporáneos de Grau coinciden con Velarde y puede afirmarse valiosísimo este poema documental. No obstante la aludida cuarteta, podría considerarse evidente testimonio de un líder en barbecho, el personaje en un empaque –valga la expresión– de seriedad y pocas palabras; es a tan corta edad un hombre mayor que, y esto es también muy importante, supo aprovechar con suma inteligencia y dedicación las enseñanzas del maestro. Un ejemplo: la letra, ortografía y sintaxis del documento de agosto de 1853 guardan después lejanía con la cuidada y, puede decirse, precisa redacción y bella caligrafía de Grau cuando dirige sus cartas familiares y a los amigos, aún en plena Campaña Naval de 1879.

Pero hoy, quince años antes de la guerra de 1879, un segundo encuentro de Velarde con Grau se da en Europa cuando el Oficial de Marina, por entonces Teniente Primero, está comisionado por el presidente Juan Antonio Pezet en demanda de hacerse cargo de la corbeta "Unión" adquirida por el Perú en Francia, con su gemela "América". El 15 de diciembre de 1864 zarpará de Saint Nazaire la nave que lleva como Segundo Comandante al Teniente Primero Felipe Pardo y Lavalle, hermano de Manuel Pardo y Lavalle, quien en la circunstancia que se narra se encontraba en Londres y alterna con Grau. También está Velarde. Francisco Bolognesi es otro notable en su comisión por los cañones Blackely que defendieron la rada del Callao el 2 de mayo de 1866. El monitor "Huáscar" se está construyendo también en Inglaterra, a cargo de José María Salcedo; y la fragata "Independencia", bajo responsabilidad de Aurelio García y García.

Tornando al poema de Velarde, leemos: *"En Londres otra vez nos encontramos/ Y cual dos melancólicos suspiros/ Que lleva el huracán... nos separamos"*.

Podríamos afirmar que Velarde y Grau tienen dos encuentros reales en Lima y Londres, pero también uno tercero, ideal. Velarde entonces hace gala aquí de

acendrado lirismo, que es auténtica expresión de lo que el aeda siente conmovido por la muerte de aquel que conoció de 19 años de edad y después de 30. Ha sucumbido como Comandante del monitor "Huáscar" a los 45. Velarde entonces acepta con el filósofo que *"Es tragedia sublime nuestra vida"*.

Y es que la Campaña Naval de la Guerra del Guano y el Salitre tiene una figura descollante: Grau. Y por eso, de Grau dice Velarde: *"Cual siderales pléyades lucientes/ Todos los manes te cercaron juntos/ Y aplaudieron los sínodos vivientes/ Y cantaron los éxodos difuntos"*.

Un hemistiquio finaliza el poema y califica a Grau: *"Más grande que la muerte y el destino"*. (Londres, 1880)

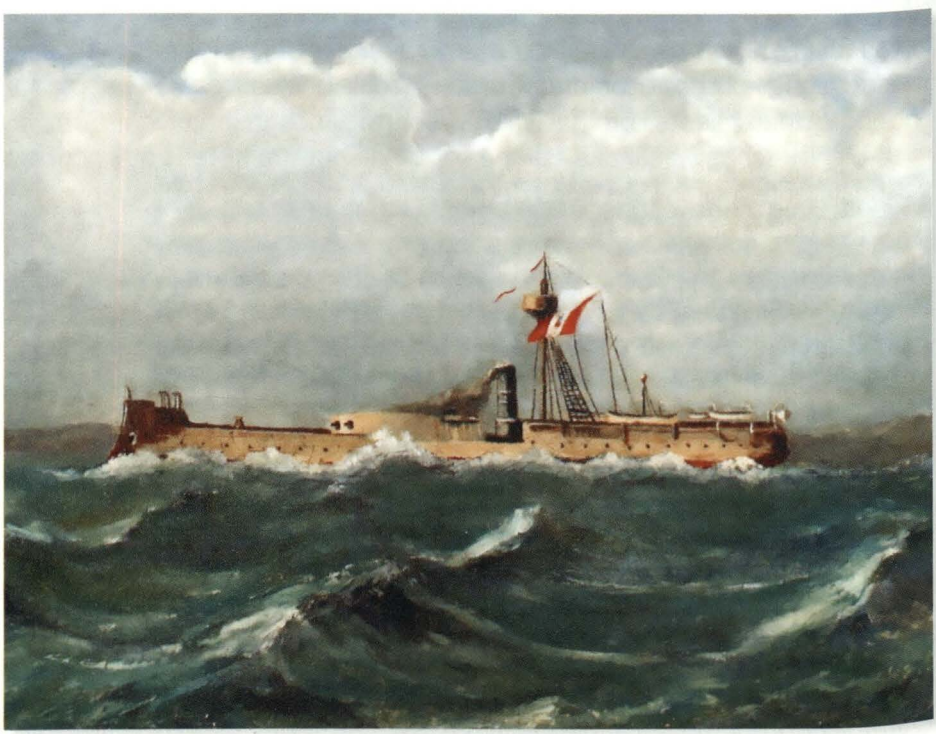
Manuel González Prada

Contemporáneo de Grau, aunque diez años mayor en edad, es una figura literaria que al Perú y América enorgullece. Polémico es este poeta capaz de suscribir: *"Pues conviene resignarse, resignémonos en prosa, pero en verso combatamos por la azucena y la rosa"*. Es el mismo que en otras ocasiones se dirige a sus enemigos políticos con franqueza y elegancia que a unos abate y a todos enciende. Un excelente libro del Dr. Luis Alberto Sánchez, intitulado *"Don Manuel"*, bien describe y analiza a este personaje de nuestra historia que conoció personalmente a Grau. Seis años después de su muerte le dedica, en prosa, su "Grau". Critica acerbamente a quienes en el ejercicio de la política peruana fueron incapaces de ser buenos gobernantes, apunta a la *"[...] reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandros y Césares"* (en directa referencia a Nicolás Fernández de Piérola o Nicolás de Piérola). Alude de manera similar a quienes propiciaron la situación en la que el Perú se encontraba cuando la agresión chilena. En esto González Prada tiene absoluta razón y para el caso –en un paréntesis que justificaría el maestro– cabe recordar dos cartas del Comandante del "Huáscar" Miguel Grau, ambas dirigidas al Presidente Manuel Pardo. La primera, desde Iquique, el 6 de setiembre de 1872[2], donde advierte a Pardo, flamante Presidente de la República (asumió el mando el 2 agosto de 1872) del movimiento de la escuadra chilena desde Valparaíso a Antofagasta, en abierto apoyo a un revolucionario, el General boliviano Quintín Quevedo, claramente auspiciado por ese Gobierno, en demanda de secesión territorial. Advierte Grau a Pardo que en la circunstancia, las relaciones diplomáticas entre esos países ya estaban en *"vía de arreglo"*, y agrega: *"Parece, pues, que la noticia del*

fracaso de Quevedo en Tocopilla ha hecho cambiar completamente de táctica al Gobierno de Chile, que ahora es, según se asegura, el más interesado en un arreglo pacífico con el ministro de Bolivia". En la ocasión, Grau toma la decisión de constituirse en observador de la situación y así informar al Presidente del devenir de los acontecimientos.

Ocho meses después, también desde Iquique y en el comando del monitor "Huáscar", Grau, el 27 de mayo de 1873[3] reincide en la advertencia que le hace al presidente Manuel Pardo acerca de la cuestión boliviano–chilena. En la ocasión, el Comandante escribe:

> *"Con mucha generalidad se habla; particularmente entre los pasajeros que vienen de Chile, sobre cierto plan que según se asegura se confecciona allí, para proteger la separación de Bolivia, de todo su litoral; formando un estado anseático que comprenda todo el territorio entre los grados 23 y 25 y acordar enseguida su completa independencia. Se comprende muy bien cuál es la idea del Gobierno de Chile al apoyar este plan que seguramente ha sido sugerido por él".*



"Huáscar" (óleo de Spiers), comandado por Grau desde 1868.

Retomando al maestro González Prada, él es un agnóstico, pero no duda en alabar la fe religiosa de aquel vecino notable de la calle Lescano, número 22, Lima. Sabe que acude a Los Descalzos, donde tiene un confesor a quien demanda absolución. Él lo entiende porque ese marino, padre de familia numerosa, está comprometido en una acción de guerra, y se conoce ya lo que paulatinamente viene siendo el invencible binomio Grau-Huáscar.

Hombre informado de la situación política y el esquema internacional, de las relaciones sociales y de comunicación que tradicionalmente se mantuvieron entre chilenos y peruanos, González Prada está enterado de que en 1872 el Gobierno chileno encargó en Inglaterra dos blindados de gran capacidad; que uno arribó en 1873, y el siguiente año, otro más. ¿Qué ha hecho el Gobierno peruano? Nada. Conoce don Manuel de la proverbial euforia nacional. ¿Euforia? ¡Claro, si esto será lo mismo que en 1866 desde el Callao frente a los españoles! Craso error. Sin embargo, este Comandante de andar pausado, que conocía la actitud de los chilenos, ¿no es amigo de Pardo? Debe haberle informado de ello. Pero ahora, en este ¿remanso?... Entre junio y julio, lo ha visto más de una vez en su tránsito hacia la estación de San Juan de Dios para viajar en el tren al Callao, donde el "Huáscar" está siendo sometido a algunas reparaciones, consecuencia del transcurrido Combate de Iquique el 21 de mayo.

Difícil a González Prada confesarse admirador de alguien, pero expresa en inolvidables líneas que, si bien no comparte que sea *"Humano hasta el exceso"*, practicando *"[...] generosidades que en el fragor de la guerra concluían por sublevar nuestra cólera"*, valora que sea *"Tan inmaculado en la vida privada como en la pública, tan honrado en el salón de la casa como en el camarote del buque"*. Considera que es la antípoda de los políticos y guerreros que él conoce. Afirma que Grau *"[...] existía como un verdadero anacronismo"*. Agrega que nadie como él conocía del peligro, lo que no le impedía *"Marchar de frente con los ojos abiertos, con la serenidad en el semblante. En él nada cómico ni estudiado: personificaba la naturalidad"*.

Ha trabado conversación con este *"Marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes"*. Y en un entorno de manifiesto biográfico expresa: *"Al ver su rostro leal y abierto, al coger su mano áspera y encallecida, se palpaba que la sangre venía de un corazón noble y generoso"*.

En medio de tantas coincidencias donde es unánime el respeto y admiración que despierta Miguel Grau, afirma el literato conciudadano: *"La guerra con todos sus males nos hizo el bien de probar que todavía sabemos engendrar hombres de temple viril"*.

A 180 años del natalicio del Gran Almirante Grau

Hace bien a la salud de la patria, recordarlo, y más allá de las luces y sombras que significó la guerra de 1879, indagar en su vida.

Siempre es descubrimiento Grau.

Mostrarlo especialmente a los niños es un deber, porque desde sus primeros años afronta el reto permanente que es la vida, y emergiendo de las dificultades y sinsabores que suele presentarnos, es Grau un triunfador, y no solo de la guerra. Grau se confunde con los símbolos de la Patria; es lección imperecedera.

Sentirlo nuestro, cercano, vivificador, peruano, nos enorgullece y llena el pecho de optimismo, rebosante de júbilo; nos permite sentirnos integrantes de una dotación en la cual él es inspiración y guía.

Referencias

1. La frase está contenida en el "Canto a Grau", versión final del notable poeta y dramaturgo Juan Ríos, quien en su domicilio de Miraflores entregó el 16 de febrero de 1978 este poema al autor, con motivo de la primera edición del llamado inicialmente "Álbum Grau", después nominado "A la Gloria del Gran Almirante del Perú Miguel Grau" (cinco ediciones). Un fragmento de este poema figura en una placa de mármol en la Cripta Grau de la Escuela Naval del Perú, instalada allí cuando era Comandante General de la Marina el Almirante Ricardo Arboccó Licetti, en el año 2003, ocasión en la que la espada-joya obsequiada al Almirante Grau por señoras peruanas residentes en Europa y las medallas concedidas al héroe, que se encontraban bajo la custodia del Museo Naval del Perú, fueron transferidas a la Escuela Naval del Perú, remodelándose la Cripta Grau. Una segunda placa en esta Cripta contiene palabras de quien fuera el presidente de la República José Luis Bustamante y Rivero.
2. Esta carta se conoció gracias al señor Enrique de Rávago Bustamante, y fue divulgada en edición privada, el año 2000, en Lima, bajo el título "Miguel Grau, comisionado político en el Pacífico Sur, una carta inédita de 1872".
3. El Vicealmirante Francisco Mariátegui Angulo donó a la Marina de Guerra, a través del Museo Naval, esta carta que fue divulgada en facsímil y que figura hoy depositada en original en el Archivo Histórico de la Marina

